

Gastón Baquero

1000169

G L O S A S

Por JORGE MANACH

LEALTAD Y LIBERTAD

GRACIAS, querido Director, por todo lo que esa noble y despedadora carta tuya tiene de deferente para mí. El DIARIO no me ha fallado. En uno

de mis escarceos con Baquero, escribí que era una actitud honrosa para el periódico la de dar cabida por igual a nuestras discrepancias. Otra vez, hube de recordar la hospitalidad que antaño



dió el Decano en sus columnas a hombres de pensamiento tan liberal como Curros Enríquez, Lucio Solís, Joaquín N. Aramburu. Todavía me parece estar leyendo —allá por los años en que yo me iniciaba en el "alcance" de la tarde— un "Baturrillo" del venerable escritor de Guanajay (tan injustamente olvidado, por cierto) en el cual hacía mérito, frente a ciertas oblicuas denuncias, de que Don Nicolás, sabiéndole masón, le tuviera en el periódico...

Esa fué, en efecto, la modalidad con que tu ilustre abuelo orientó al DIARIO cuando advino la República. No era posible, bien lo comprendió aquella lúcida mente suya, que el ministerio de opiniones conservadoras que todo pueblo necesita para no desbocarse, para equilibrar sus ímpetus renovadores, se extremase con ninguna actitud contraria a los ideales sobre los cuales la República misma se había fundado. El DIARIO tenía sus tradiciones de integrista absoluto, que le venían de su propia raíz. Lograda la independencia, esas tradiciones habían de despejarse de resabios, decantarse en un programa de puras esencias ideales —la defensa de la patria vieja y de la nueva, de la cultura cristiana y la cultura hispánica, del hogar limpio y la república limpia, del orden justo y del progreso sensato.

Ese era el sistema profundo y permanente de valores que me parecía intangible en el DIARIO, y tú sabes cómo lo he respetado y sustentado. Lo demás era peripección política, ante la cual el DIARIO sólo podía tener una norma: la Constitución y las leyes democráticamente establecidas. Y como esta condición —la de una base de liberación democrática— estaba, a su vez, necesariamente condicionada por el imperio en Cuba de la

libertad y el prevailecimiento de los criterios liberales, es decir, de respeto a la pluralidad de opiniones democráticas, mis ademanes aparentes de disidencia, acertados o no, en rigor entrañaban una lealtad profunda a lo que constituía la norma política ineludible del periódico.

Ojalá no te parezca ociosa o impertinente estas manifestaciones. Pero a tu carta, tan levantada y generosa por lo que a mí toca, no podía yo corresponder sino haciendo patentes las razones por las cuales creo merecer esa extensión de tu confianza. No he podido ver incongruencia alguna entre mis actitudes y los principios **sustanciales** del periódico, los que animan su tarea y fijan su responsabilidad por encima de los matices episódicos de opinión que los problemas emergentes del mundo suscitan.

Mucho más habría de añadir si no temiese que esta contestación pudiera interpretarse como prurito de dar pautas a quien no las necesita. Sólo una cosa quisiera tu venia para reiterar, y es mi posición ante el comunismo y ante ciertas actitudes "liberales" hacia él. Lo que de mí digan los "camaradas", hace mucho tiempo que no me quita el sueño. Sólo me importa lo que me dice por dentro mi propia conciencia.

Más de una vez he escrito —y hasta, con tu consentimiento, en estas propias páginas del DIARIO— que el comunismo pudiera definirse como una monstruosidad construida en torno a una idealidad. Esta idealidad, tú bien lo sabes, nada tiene que ver con el marxismo: es tan vieja, por lo menos, como el cristianismo primitivo. Es la imagen, que podrá ser quimérica, pero que no por eso es menos noble, de un mundo en que el bienestar del hombre no esté determinado por lo económico.

Me parece importante, querido Director, ver eso claro, para poder entender por qué hay tanta gente inteligente y noble que, sin ser comunista, se resiste a la condena radical de esa ideología y a su extirpación por la violencia pura y simple. También me parece importante tener en cuenta aquella alianza de idealidad y monstruosidad a los efectos de combatir el comunismo por el único medio que considero hábil, que no es el de los simples dictérios y dragonadas gubernativas, sino el de la suplantación.

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA